

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Datus est mihi stimulus carnis meae angelus Satanæ qui me solaphizet; propter quod ter Dominum rogavi ut discederet a me; et dixit mihi sufficit tibi gratia mea.

Me ha sido dado un aguijón de mi carne, el ángel de Satanás que me abofetea. Y por esto rogué al Señor tres veces para que se apartase de mí, y me dijo: «Te basta mi gracia.»

(II AD CORINTHIOS, c. XII, v. 7, 8 y 9.)

Es Satanás un gran rey, cuya dominación se extiende de un modo espantoso: su reino no es más que de tinieblas y de horror, mas no por eso deja de haber cierto orden entre sus vasallos. Su imperio no tiene otro principio que la maldad, y si ciñe la corona del principado y potestad, lo debe á su propia malicia, que le sugirió elevar imperio contra imperio, poder contra poder: el imperio de la criatura contra el del Criador, la fuerza criada contra la increada y eterna. En el pacífico recinto del mundo invisible se fraguó desde el principio una revolución aleposa. Lucifer, más resplandeciente que las estrellas por las admirables excelencias con que Dios lo dotára, vió que resplandecía otra luz incomparablemente mayor que la suya, y lleno de orgullo dijo entre sí: «Subiré al puesto más culminante de los cielos; colocaré mi sólio sobre los astros de Dios; me sentaré en el monte

del Testamento y al lado del Aquilon; me encumbraré sobre las nubes; seré semejante al Altísimo.» ¡Inútil esfuerzo! Nada podía maquinarse el ángel rebelde contra Dios que no fuese para su propia ruina. Y, en efecto, desechado Lucifer en su furor, declaró la guerra al Señor de los cielos; se trabó aquella famosa y primera batalla del mundo; peleó el dragon, escoltado y ayudado de sus ángeles; quedó vencido, y del reino de la paz y felicidad fué arrojado al de los tormentos y del desorden eterno; al infierno, que preparó Dios para el diablo y sus secuaces. Esta es, señores, la monarquía del príncipe de las tinieblas. Allí, pues, donde, en expresion del Santo Job, no puede reinar el orden, sino el horror sempiterno, existe cierto orden de operaciones entre aquellos espíritus orgullosos é infelices; pero este orden no es más que para hacer la guerra. El demonio está siempre en campaña, ansioso de extender sus dominios y de tener esclavos á quienes pueda castigar, para saciar en ellos el furor que desplegó en el principio y que se estrelló contra Dios. Ya que no pudo atacar su esencia divina y atributos eternos, quiere destruir para siempre á los que son su imagen, y encarnizado contra ellos, les hace sin cesar la más inhumana guerra; porque, digamos en dos palabras lo que pasa en el abismo: los malos ángeles no son esclavos de Satanás, sino sus compañeros; arden eternamente y se despedazan como furias; mas el esclavo de aquel reino infeliz es el hombre; el hombre que se deja seducir de la antigua serpiente; el hombre que no pelea con las armas de la fé.

¿Cuál os parece es el plan de ataque de este ángel rebelde contra el hombre? ¿Cuáles os parece son sus armas? ¡Ah! Tiene muchas, y destructoras todas. Mas no se sirve de la mayor parte sino como de instrumentos secundarios, empleando incesantemente una que entre todas es la más mortífera. Aquella arma terrible es la lujuria;

porque es el ángel de Satanás, como se expresa el divino Pablo. Notadlo bien, amados míos: «Angel, dice San Agustín, no es nombre de esencia, sino de ministerio y ocupacion.» Los espíritus enviados por Dios para favorecer á los que tenemos parte en la herencia de la salud eterna, son ángeles buenos, por ocuparse en oficios santos; los que han tomado á su cargo nuestra perdicion, son denominados ángeles malos, siendo su nombre esencial *espíritu*. No hay vicio ni pasion alguna que no esté presidido por ángeles malos: Lucifer manda sin cesar á sus compañeros que inspiren siempre al hombre el orgullo, la ambicion, la soberbia, la avaricia, el furor, la venganza, la enemistad, la ira, la envidia y la pereza; pero sobre todo les ordena que soplen con toda la fuerza del aquilon desencadenado el fuego carnal que está encubierto en nuestro cuerpo, como el fuego bajo la ceniza. Este es el gran ministerio de los soldados de Satanás; porque está seguro que tomando incremento los ardores voluptuosos, todos los demás vicios han de pulular como las yerbas fétidas brotan en un muladar caldeado por los ardores del sol, y han de esclavizar al hombre. Ved si hay orden en la region de la confusion: *Stimulus carnis mee, angelus Satanae*.

Contra un enemigo tan formidable, contra una fiera tan devoradora, ¿se creará acaso que no tenemos fuerza para pelear? ¿Pensaremos por un momento que el demonio podrá más que nosotros? ¡Ah! Esta blasfemia saliera de la pluma de la filosofía carnal que en el parasismo de su frenesí ofreció á la carne un incienso de adoracion, con tal que se prestase á apagar su sed lujuriosa. Pero la filosofía divina nos enseña lo contrario: ésta nos dice que, no obstante ser tan débiles nuestras fuerzas, son éstas fortificadas por la fuerza de Dios, y con ellas destruimos el coloso infernal con todas sus maquinaciones. Padece el virginal Pablo algunas tentaciones contra la

castidad, como él mismo lo insinúa; mil veces se ve acosado por este enemigo; mil veces se postra ante los piés divinos, suplicándole que desapareciesen estas sugerencias malignas, y otras tantas oye la voz del cielo que le dice: «Te basta mi gracia.» Rindamos, pues, homenaje solemne y público á la Religion. Con la gracia de Dios puede el hombre ser casto en todos los climas del mundo. Ayudadme con vuestras oraciones á pedir al cielo sus auxilios para continuar este asunto.

AVE MARÍA.

Si á la luz de la historia y la crítica examinamos la causa del gran incremento que ha tomado la llaga que tiene hoy dia cancerada la humanidad, encontraremos que la ciencia carnal ha sido la que ha infestado la masa de la sociedad, introduciendo en ella la levadura corruptora de la lujuria, ocultando su infeccion entre apariencias floridas. En verdad, la ciencia carnal no es el demonio; pero es preciso confesar que, así como Dios, causa de todo bien, se sirve de los hombres justos para conservar la Religion en la tierra, así tambien el demonio, como afirma San Agustin, tiene sus agentes, los que por desgracia le sirven de propagadores de la malicia. Decir que las centurias pasadas no conocieron los crímenes, sería no conocer ni áun superficialmente la historia del espíritu humano; porque en todas épocas han existido hombres perversos, que han tenido numerosos discípulos; pero no es un error decir que nuestro siglo es peor que los que le han precedido, pues sin detenerse en examinar su posicion religiosa, bastaríanos saber, con David, que «la malicia de los enemigos de Dios va siempre en aumento,» y, con el sublime Pablo, que «los malos crecerán siempre de malo en peor, cometiendo errores é induciendo á los demás á que los imiten.» ¿Será posible

equiparar el siglo en que vivimos con los primeros é intermedarios de la era del Catolicismo? Un siglo en el cual no se respeta la santidad del matrimonio; un siglo testigo de los solemnes y execrandos juramentos con que se ligan numerosos jóvenes de ambos sexos para no unir jamás sus destinos en la tierra con ningun hombre ni mujer alguna; un siglo cuya panacea favorita en sus dolencias son las alegrías carnales, cuya instruccion son los saraos, las reuniones, las modas, el lujo, los galanteos, ¿podrá ser puesto al nivel con aquellos tan fecundos en almas virginales que preferian la muerte á la pérdida de la castidad? ¿Siglos graves, siglos que, á pesar de la procaz filosofía, nos han legado su fé y religiosidad en esos grandiosos monumentos ennegrecidos por su vetusta existencia, y que en medio de los palacios modernos están siempre enseñando sus altas torres como un monumento de la piedad que tuviera entónces, y que hoy existe apénas? ¡Ah! Téngaseme enhorabuena por un fanático y hombre de ninguna ilustracion; pero, entre tanto, no permita el cielo que yo deje de doblar mi rodilla ante la venerable antigüedad. Siglos ha habido en que hombres innumerables llegaban á cien años en estado de inocencia, mientras hoy dia apenas encuentra esta blanca virtud un período en la vida humana, pues desaparece áun en los niños, como la tierna flor abrasada por los vientos abrasadores de la Libia. ¿Y sabeis por qué entónces habia más inocencia que ahora? Porque no habia salido completamente á luz la moderna filosofía.

Esta ciencia del orgullo y de la abominacion ha estado en incubacion por muchos siglos; la tuvieron los Arrios y Nestorios, los Priscilianos y Maniqueos, los Albigenses y los demás herejes antiguos. Pelagio y Elvidio no fueran ménos orgullosos que Calvino, ni ménos licenciosos que Lutero y Beza; pero publicaron su libertad de conciencia en unos tiempos poco favorables á su

sistema de independencia religiosa. La bandera de la rebelion contra la autoridad no se alzó hasta los tiempos del luteranismo: observemos atentamente lo que despues ha hecho la herejía; de sus numerosas sectas salió el deísmo, el materialismo, la indiferencia, la incredulidad, y por fin la filosofía impía, que igualmente proscribiera la Religion divina de Jesucristo como las falsas de Mahoma y los herejes. Podemos asegurar que se encuentran ya publicados en toda la tierra todos los dogmas de esta secta de perdicion, siendo los apóstoles de esta doctrina los innumerables libros que, como peste desoladora, han cundido en los cuatro ángulos del mundo. ¿Y qué han hecho estos perniciosos novadores? ¡Ah! Reducir todas las inclinaciones del hombre á lo que llama la filosofía «cosa positiva,» á la adquisicion del oro y á los goces de los placeres. ¡Dios purísimo, perdonadme! Voy á referir en este santo lugar las blasfemias de estos hombres monstruosos; pero no lo hago por profanar el templo santo, sino para excitar en mis oyentes un horror implacable á tan abominables doctrinas; voy á defender la castidad atacada por la filosofía.

No nos admiremos, señores, que unos hombres que se proclamaban sábios hayan pretendido materializar hasta el pensamiento: eran deshonestos, y está dicho con esto cuanto puede decirse para comprender que no podian enseñar sino errores; porque apenas «la lujuria se ha apoderado del hombre, dice el devoto Bernardo; entra el entendimiento en una region de tinieblas, privándose el espíritu de la sabiduría y buenos principios que le son naturales; y así sucede que rara vez ó jamás un hombre deshonesto dará consejos sanos.» ¿Qué podian, pues, enseñar los filósofos del último siglo, quienes se arrojaron á enseñar que «la castidad y continencia eran pretendidas virtudes que no valian para nada,» y que el pudor no es más que un refinamiento de la lascivia? ¿Cómo no ha-

bían de materializar sus ideas los que enseñaban que «en los países donde la Religion no puede reprimir los excesos de la carne, sería muy acertado dar culto público á la lujuria?» ¿Cómo podrian espiritualizar sus ideas los que trataban de profana y desnaturalizada á la Religion, porque representa los placeres carnales como un semillero de crímenes, de desgracias y penas? Yo dudo que los templos dedicados en los tiempos del error á la prostitucion, resonasen jamás con semejantes doctrinas salidas de los labios de hombres tenidos por sábios; y lo que es más inconcebible todavía, lo que no puede ménos de aterrar al cristiano pensador y reflexivo, es que unos hombres merecedores de haber sido encerrados en una casa de dementes para curar su cerebro descompuesto, hayan sido aplaudidos como hombres eruditos, y se hayan adoptado sus doctrinas como si el cielo se las hubiera inspirado.

¿De dónde sino de estas máximas ha cundido esa lujuria universal que corroe la sociedad? Porque todos los siglos han sido malos; mas de tal modo, que la maldad nunca perdió su carácter feo y abominable. Hoy dia, por el contrario, la deshonestidad es la hija predilecta de la filosofía, de la cual se ha eliminado cuanto la hace horrible. Á fuerza de dogmatizar en esta materia, ha conseguido persuadir á sus prosélitos que los placeres carnales son tan naturales y necesarios al hombre, como el sustento cotidiano, sin cuya ayuda no puede vivir. No estamos hablando por conjeturas; repetimos lo que hemos oido ya mil veces, y hablamos por lo que vemos cada dia. ¡Qué horror! ¿Podia degradarse la razon humana hasta este punto? ¡Afirmar que la lujuria es el alimento necesario é indispensable del hombre! Y entónces, ¿diremos que es una fábula esa historia divinizada del linaje humano; esa historia de la castidad, en cuyo sublime frontispicio se halla el Rey de las vírgenes acompa-

ñado de su augusta Madre y del casto Esposo de ésta; esa historia, á la cual tan brillantes páginas diera esa turba de doncellas muertas entre los potros y caballetes de Roma, del Asia, del África y de todo el orbe, por no mancillar el pudor; esa historia, cuya recitacion contemporánea brilla hoy tanto como en los primeros siglos de la Iglesia por el heroismo de las innumerables esposas de Jesucristo, á quienes fueran abiertas las puertas de sus recintos sagrados para que entrasen de nuevo en el mundo voluptuoso, lo que realizaron ellas con tanto valor como lo hicieran las Filomenas con Diocleciano, las Lucías y Cecilias con los Prefectos del imperio occidental? ¿Será, entónces, falso lo que vemos y palpamos? ¿El mundo estará lleno de hipócritas que se relegan á los monasterios aparentando castidad y estando abrasados en lujuria? ¿Con que no podemos ser castos? ¿Conque necesariamente es el hombre sensual y lujurioso?

Estas son las doctrinas que publica desde su pestilente cátedra la filosofía incrédula; y ¡cuidado, señores! su proselitismo es demasiado, y quizá pertenecen muchos de los que me oyen á esta escuela infame; porque la indiferencia ha sido el gran paladion de los filósofos modernos; y esta indiferencia es hoy dia demasiado recibida en la sociedad: hablo de la sociedad católica, en cuyo seno existen millares de individuos, que cuentan como nada el pasar toda su vida sin dar un solo signo de catolicismo, sino es el de presentarse al templo una que otra vez. Pero dejemos esta digresion; entremos de lleno en la materia á que nos llama el asunto.

No es extraño que ningun hereje haya sido casto; no es de admirar que los campeones de la filosofía moderna tuviesen sus queridas entre orgías nauseabundas; tampoco dudo en afirmar que la idolatría vuelva á cundir algun dia sobre la tierra: la doctrina de los sábios carnales conduce á estos extremos y á otros mayores. Si no podemos

abstenernos de la sensualidad; si ésta es tan necesaria al hombre como el pan de cada dia, ¿qué consecuencias sacaremos? ¿En qué escollos se estrella la débil barca de nuestra inteligencia? ¿Qué vendrá á ser Dios con sus atributos, y nuestra razon con sus luces? Porque, no lo dudemos, ó es preciso negar la existencia de la ley natural que prohíbe al hombre las acciones impúdicas de toda especie, ó, en el otro caso, es necesario confesar que tuvo razon Lutero y todos los fatalistas, cuando afirmaron que el hombre era infaliblemente reprobado al infierno por un decreto preexistente de la Providencia. Uno y otro principio sería una horrenda blasfemia, detestable áun á los ojos de la simple razon, pues desde luégo tienen tanta y tan íntima conexion entre sí los preceptos de la ley natural, que, destruido uno, son destruidos todos. La ley de la adoracion, exclusiva del Sér divino, no puede existir sin la consecuencia inmediata: la consecuencia son los preceptos naturales, pues quien los quebranta quita á Dios el honor que se le debe, dándolo á las criaturas; y ¿qué mayor injuria contra la Divinidad? ¿No valia más que dijese de una vez los filósofos que ese Sér divino, criador y conservador del mundo, es una quimera, que no negar la existencia de los preceptos morales, en que estriba la verdadera adoracion en espíritu y verdad? Y admitidos éstos, como se ve forzado á admitirlos todo hombre, ora sea un estúpido, ora un escéptico, ¿qué consecuencia hemos de inferir, admitiendo que es imposible ser casto, y poniendo los goces sensuales como necesarios á la vida humana? ¡Ah, señores! Las inferencias son espantosas. En ese caso, Dios sería un tirano al condenar á penas eternas al lujurioso por no haber guardado la ley de la castidad ó continencia; el hombre mismo sería de peor condicion que el bruto; pues éste puede seguir todas las tendencias de su instinto sin temor del porvenir, miéntras al hombre no le permite su conciencia entregarse á accion

alguna ilícita, sin sentirse aguijoneado por punzantes remordimientos, que aún en este mundo le preparan un infierno demasiado cruel.

Ved si son viles y degradantes las doctrinas de la filosofía carnal : Dios tratado de tirano; el hombre hecho un autómeta, una víctima infaliblemente destinada al suplicio eterno por serle necesario para vivir, segun ellos, el crimen y la maldad. Bien diferentes son las doctrinas que emanan de la ciencia divina, como de manantial puro; otra idea más noble y más alta nos dan de Dios y del hombre. Aquél, nos dice ésta, es un Padre tierno, que no ha impuesto á sus hijos sino un yugo muy suave; es un Dios sábio, que no ha prohibido en su ley sino lo que es esencialmente malo; de modo que no sea malo por ser prohibido, sino que esté prohibido por ser de su naturaleza malo; que es un Dios tierno y amable, que no manda cosas imposibles, sino muy fáciles é imitables, habiéndonos Él dado el ejemplo en la ejecucion. Y el hombre es un agente libre compuesto de cuerpo y de alma, criado primordialmente en justicia y gracia; sér grandioso por su inteligencia y facultades, y por su imperio sobre todo lo terrestre, destinado á vivir por eternidades en las moradas celestiales, si se conservaba en la justicia y gracia primeras; pero privado de éstas por su pecado, arrojado del Paraiso por su rebelion, condenado al infierno por su culpa, redimido de ésta con la sangre de su mismo Criador, elevado de nuevo al cielo á la dignidad de hijo de Dios adoptivo, mas obligado á combatir sin cesar contra el mundo y el demonio, y más que todo contra la carne, que desde la rebelion del primer hombre se rebeló tambien en el mismo hombre contra el espíritu. Dígase, pues, ahora si podemos ó no ser castos; dígase si los placeres sensuales son necesarios á la vida humana. Semejante asercion no puede salir sino de hombres idólatras de su cuerpo, de filosofastros materializados en las cié-

nagas inmundas, ó de esos sábios lupanarriegos que no escriben en sus desatentados libros sino lo que rebosa su corazon: la lujuria, la obscenidad.

Convengo en que es muy difícil ser casto, y que es preciso para lograrlo estar siempre combatiendo con un enemigo doméstico á quien alimentamos y acariciamos quizá demasiado; este adversario es nuestro cuerpo, cuya corrupcion agrava nuestro espíritu; pero tratémoslo como tratamos á un enemigo; enfrenemos á este potro fogoso para que no marche á los prados de la lujuria, y estaremos ciertos de alcanzar victoria. Tambien convengo con los filósofos en que es imposible ser casto. Mas, ¿cómo? Es imposible ser casto si voluntariamente nos arrojamos en las ocasiones, porque nadie toca la pez con su mano sin quedar tiznado, nadie lleva el fuego en su seno sin abrasarse, nadie puede entrar entre llamas voraces sin ser presa de sus ardores. Sí, imposible es ser casto cuando se vive en una sociedad organizada segun los principios del siglo actual. ¿Cómo ha de ser casto un hombre que desde su niñez ha sido educado en el ócio, que no ha sido testigo en el hogar doméstico sino de intrigas amorosas, de palabras picantes, y acaso de acciones poco honestas? ¿Cómo ha de ser casto el que ha recibido una educacion libre, á quien sus padres no ponen freno alguno, dejándolo vagar por las calles, plazas, teatros y salones de baile, permitiéndole relaciones ilícitas en los años en que precisamente se bosqueja el cuadro de la vida humana, en los que se impregna nuestro espíritu en las máximas sólidas ó falsas, verdaderas ó erróneas, que le han de servir de base para edificar, ó un gran edificio de virtud y honradez, ó un coloso de maldad y de crímenes? ¿Podrá ser casto el que se dedique á leer los panegiristas de la impureza, el que oiga decir á sus mismos maestros que pasaron ya los tiempos del fanatismo y supersticion, que los hombres antiguos fueran unos ilusos, que